

~~...~~ ammu  
ludon  
numpualizes

Fascículo I

—  
**Escribirte**  
en la   
**Historia**  
—

**Carlos Godoy**

*Por Sonia Tessa*  
*Ilustrado por Darío Ares*



*Intendenta*  
**Mónica Fein**

*Secretario de Cultura y Educación*  
**Guillermo Ríos**

*Directora Museo de la Memoria*  
**Viviana Nardoni**

---

*Coordinación del proyecto:*  
**Leandro Bartolomeo**

*Texto:*  
**Sonia Tessa**

*Ilustraciones:*  
**Darío Ares**

*Diseño y diagramación:*  
**Hilen Godoy**

*Corrección:*  
**Julia Enriquez**

*Rosario, junio de 2018.*

# Escribirte en la Historia

*Por Sonia Tessa  
Ilustrado por Darío Ares*





---

La propuesta del **Museo de la Memoria** es arrancarle un nombre a la cifra para poder recortar una historia de la estadística. Habilitar un contradecir para hacer lugar al (otro) relato, ese que desnaturaliza los modos de dar muerte, al tiempo que habla de un andar vital, escurridizo. Se busca inventar la ocasión para volver a contar lo que aquí se cuenta por primera vez: una historia, que es todas las historias, las que andan por los caminos que llevan, tal vez, al encuentro con un lector.

---

*Escribirte en la Historia*

I

---

**Carlos  
Godoy**

---

*Fascículo I*

# Y abrazar. Le gustaba abrazar.

**P**ura sonrisa, cariñoso, un petiso retacón con salidas inesperadas. Así recuerdan a Carlitos Godoy.

Una vez, su amigo inseparable, Alejandro Romero, lo fue a buscar al taller mecánico de su exsuegro, donde trabajaba, para jugar a la pelota en una cancha de fútbol cinco. El partido era a las ocho de la noche.

—*Aguantá que tengo que arreglar la chata* — le anticipó Carlitos por teléfono.

Cuando su amigo llegó, no había terminado. En la vereda había otro vehículo, ya reparado, estacionado.

—*Podemos ir con ese* —dijo Carlitos.

Era una ambulancia. Allá fueron. Por calle Génova, Carlitos prendió la sirena y aceleró. Los autos se hacían a un lado.

—*Vos sos loco* —le decía Alejandro.

Él iba «como si nada», se reía. Le gustaba jugar.

Y abrazar. Le gustaba abrazar. Le decían Manotas.

Sus grandes manos prodigaban masajes, palmadas; apretaban sin medir sus fuerzas. Era corpulento y alzaba a quien tomaba entre sus brazos.

«Eran abrazos de rompehuesos», define Alejandro.

Sus días parecían infinitos: trabajaba de ocho a catorce en la distribuidora de Génova y Provincias Unidas; volvía un rato a su casa, donde vivía con Soledad y su hijo, Benjamín; visitaba a sus padres, Vicente y Yoli, que estaban a pocos metros. Todas las tardes iba al taller mecánico de su exsuegro, Osvaldo, a arreglar motores. Se divertía con sus amigos.

Tenía metas: se proponía aprender todo sobre autos y motos para poner su propio taller mecánico.

Quería comprarle un cuatriciclo a Benjamín y mejorar la casa que él mismo había levantado.

En la mañana del 24 de mayo de 2015, Carlitos recibió dos disparos. ████████████████████

Tenía veinticinco años.

Quedó tendido en el pasto, al pie de la escalera del puente Sorrento, el que cruza el arroyo Ludueña y divide los barrios Empalme Graneros y Parque Casas, donde Rosario se escurre para el noroeste.

En el bolsillo del pantalón llevaba una billetera con la tarjeta de débito, el recibo de sueldo de la distribuidora JYR, los papeles de su moto. Era domingo, temprano, a la hora que el sol empieza a pintar de dorado el verde del césped, hace destellar el rocío y descubre los marrones verdosos de las zanjas, que a la noche se confunden con las calles.

Y [redacted] ad,  
[redacted] os.

Ya no pudo volver a abrazar a sus padres, a Soledad, su pareja, a su hijo, a sus amigos.

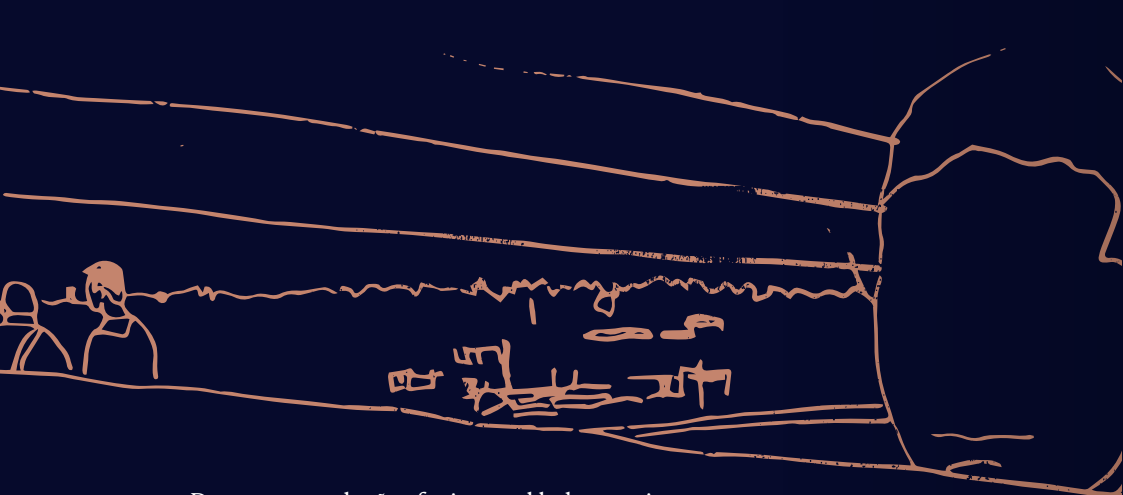
Carlitos falta en Empalme Graneros, donde vivió desde muy pequeño. Su ausencia se hace silencio en las calles. «Le gustaban las motos. Eran la una de la mañana y él probaba las motos. Ahora la gente se pregunta qué pasa con ese ruido que no se escucha más... Le gustaba la mecánica, armar y desarmar las motos. La gente del barrio nunca se quejaba, porque todos sabíamos que era él, y él era muy querido, todos lo queríamos», cuenta Cristian Romero, otro amigo.

Lo extrañan sin consuelo su mamá, Deolinda «Yoli» Retamar, y su papá, Vicente Godoy. Carlitos llegaba a la casa a la hora de la siesta y se tiraba en la cama entre ellos. Les apoyaba sus manos pesadas sobre la espalda. «Parecía que nos reventaba, nos iba a sacar los pulmones», en las palabras de Vicente. «Nos atormentaba a besos, era muy besuquero. Lo tenías que correr, sacarlo; era muy cariñoso... Y a la madre... uff... demasiado». Así lo recuerda el padre.

Lo extrañan también las dos mujeres que lo amaron. Soledad fue su última compañera. A veces se enojaba porque él no paraba de trabajar. Vivían juntos en la casa que había levantado Carlitos con el seguro por un accidente de moto. «Era muy querido, cariñoso; hablaba mucho; hacía amistad por todos lados», lo describe. Soledad es parca, pero cuenta que se conocieron porque él era amigo de su hermana. Al principio se veían los fines de semana. Ella tenía catorce años cuando empezaron a salir.

Es curioso porque también lo extraña Georgina, que fue su primera novia. Estuvieron juntos dos años, «muy enamorados», y ahora ella dice que Carlitos fue «muy especial». No cree que pueda encontrar a otra persona «como él». Después de la ruptura, siguieron siendo amigos.

Carlitos tenía dieciséis cuando se enamoró de Georgina. Al principio se burlaba de la chica con anteojos que visitaba a una amiga, Cintia, vecina del local de videojuegos en el que él y Alejandro pasaban las tardes. Un día dijo que le gustaba y el amigo armó la salida. Fueron los cuatro al cine Monumental a ver Los juegos del miedo 1. Alejandro lo codeaba para que abrazara a Georgina, se acercara. «No fue capaz ni de tocarle la remera», rememora su amigo. Era tímido, hasta que entraba en confianza. Cuando terminó la película, pasearon por la peatonal hasta el Monumento a la Bandera, donde se sentaron en unos bancos. En el instante en que empezó a llover, nació el amor. Carlitos y Georgina se besaron bajo el agua durante un buen rato. A Alejandro y Cintia se les hizo eterno, querían volver a casa. En el río, camino al barrio, Carlitos ya sabía que iba a quedarse toda la noche con Georgina en uno de los autos estacionados frente a la casa, que también es taller mecánico. Al día siguiente, no tuvo dudas: —Estoy enamorado —dijo.



Durante un par de años, fue inseparable de su novia. Se pelearon, él formó otra familia, pero nunca dejó de ir a la casa de ella. Ahí arreglaba autos, motos; instalaba la cocina de la abuela; le arreglaba la bicicleta a Nair, la hermana de Georgina. Era uno más de la familia.

Carlitos le falta a Benjamín, que tenía tres años cuando lo mataron. El hijo lo imita: agarra las herramientas y juega a ponerse debajo del triciclo que él le regaló. «Ahora mi papá está en el cielo», dice, quiere participar de la conversación de los grandes.

Y también le falta al hijo mayor de Georgina, Alexis, que no era su hijo, pero al que él crió como si lo fuera. Tenía seis años cuando asesinaron a Carlitos. Lo veía casi todos los días. «Él estaba en cada detalle, en qué me hacía falta, qué no. A mi hijo le gustaban mucho las latas de durazno y él, que trabajaba en una distribuidora, las abollaba a propósito para traérselas, porque así no las podían vender», cuenta Georgina. Se separaron cuando Alexis tenía once meses. «Él tenía una personalidad aniñada, jugaban a la Play. Lo venía a buscar a mi hijo para que jugara a la Play con su hijo. Y miraban películas. Siempre estaban juntos. A mi hijo lo afectó mucho cuando él no fue a buscarlo más, porque él lo esperaba. Decía: “¿No viene mi papá, no viene mi papá?”, porque él lo crió prácticamente a mi hijo», sigue contando Georgina.



Lo extraña Osvaldo, el papá de Georgina, con quien trabajó como mecánico hasta el último día. En esa casa, la ausencia es cotidiana. «Carlitos le salvó la vida a mi marido», cuenta Silvia, la mamá de Georgina. Lo completa Nair: «Era Navidad y nos alistábamos todos. Mi papá baldeaba con la hidrolavadora, descalzo. No sé qué... mi papá se queda...». Busca las palabras. Lo completa Silvia: «Se ve que tocó la prolongación mi marido, descalzo, y se quedó pegado. Nadie reaccionaba». La emoción no la deja seguir y habla Nair: «Y sale Carlitos y lo saca. Pero si no hubiera sido...». Ni siquiera se atreve a decirlo. «A él se le ocurrió desenchufar. Reaccionó rápido y le salvó la vida a mi marido. Enseguida, automáticamente, se dio cuenta», insiste Silvia.

Lo ~~recuerdan~~ ~~arman~~ ~~un~~ ~~rompe~~ ~~cebezas~~.

Las voces que lo recuerdan arman un rompecabezas.

«Él era inquieto, tenía mucha energía, ganas de vivir. Risueño, un poquito cabezudo, como decíamos nosotros», lo retrata su tía María. Las travesuras se convirtieron en anécdotas. Un día, María buscó su cartera, colgada al lado de la ventana, para ir a la iglesia. Había mal olor. Cuando quiso poner las biblias, encontró que tenía un montón de pescaditos que Carlitos había pescado.

—¿Quién puso esto acá? —preguntó.

Por la risa de Carlitos, supo que había sido él.

Lo ~~recuerdan~~ ~~arman~~ ~~un~~ ~~rompe~~ ~~cebezas~~.



“Él era el cable  
que nos daba  
la electricidad  
a todos nosotros”

Lo extrañan intensamente sus amigos. «Gracias a Carlitos fuimos muy felices muchos años. Vivimos haciendo macanees, pero siempre sanamente», recuerda Alejandro. No se cansa de contar las aventuras compartidas.

El día que mataron a Carlitos, Alejandro estaba en Baradero, en la provincia de Buenos Aires. No había podido volver a su casa porque no había trabajado lo suficiente, no tenía plata. Tenía que juntar dinero para el bautismo de su hija, Ema Valentina. Carlitos iba a ser el padrino.  
—No te hagas problemas, venite igual, lo pago yo.  
Vení y comemos un asado —ofreció el amigo.  
L [redacted] er.

La cita para el domingo siguiente nunca pudo ser.

Pescaban, salían a gomerear, jugaban al fútbol. Desde que no está Carlitos, el juego perdió encanto. «Él era el cable que nos daba la electricidad a todos nosotros», dice Alejandro. Ya no se encuentran a jugar siempre como antes. «Después de que pasó esto con Carlitos, que lo terminaron abatiendo, es como que ya... dejó el amor que teníamos por el futbol, de juntarnos los chicos. Se fue apagando de a poco, hasta que la terminamos abandonando la cancha y se terminó el amor de querer ir a jugar a la pelota. Ya se extrañaba a Carlitos, se extrañaban los gritos de gol», se entristecen los ojos de Alejandro mientras habla.

Los zurdazos de Carlitos eran una bomba. Tenían potencia sin dirección. Los pelotazos iban a cualquier lado. Aún así, confiaba en su ímpetu goleador y le encantaba gritar «goool». Porque Carlitos pateaba y hacía el show al mismo tiempo. Gritaba «chumbazo», «tiro del tigre», «tiro del águila». Se reía, como siempre.

Recuerdos que  
amamos  
en Baradero

# —Dale Carlitos salí,

Jugar al fútbol era tan importante como andar en moto. Nada lo detenía. Recién salido del hospital Eva Perón de Granadero Baigorria, donde lo habían operado de la rodilla, Carlitos fue a mirar un partido de fútbol. Estaba medio rengo todavía, así que no lo dejaban jugar. El que dirigía el equipo era, como siempre, Alejandro. Carlitos aguantó un rato sentado al costado.

—¿Ale, me vas a dejar jugar? —empezó a preguntar.

—Sí, el segundo partido. *Quedate sentado tranquilito ahí* —le dijo el amigo, que se la veía venir.

Cuando llegó el complemento, Carlitos quiso que cumpliera su promesa.

—*Ahora me toca a mí, hermanito* —le recordó.

No había caso, Alejandro no lo ponía y Carlitos quería jugar a toda costa. «Se plantó en el medio de la cancha y no nos dejó salir. Andá a sacar al petiso morrudo ese», recuerda Alejandro.

- Dale, Carlitos, salí, porque te voy a sacar yo.*
- Si te animás, vení a sacarme* —respondió, risueño.
- Dale, Carlitos, salí, que estamos por empezar.*
- No, vos me dijiste que me ibas a dejar jugar en el segundo partido.* —Carlitos se largó a llorar—. *Dale, hermano, dejame jugar.*
- No, Carlitos, sentate, que te vas a golpear la rodilla. Después te vas a tener que volver, llevarte a tu casa y volver al hospital.*
- Qué me importa, que a mí me gusta jugar a la pelota.*
- Bueno, vamos a hacer una cosa. Te vamos a dejar jugar cinco minutos nomás. Si no hacés un gol en cinco minutos, te sacamos.*

Alejandro lo recuerda con detalle, con diálogo interior incluido. «Fue y se paró allá arriba. Un Martín Palermo. Voy mano a mano y lo veo a Carlitos en la otra punta solo. Y me digo: “No se la voy a dar, voy a hacer el gol yo”. Le tiro la pelota, le quiere pegar con la derecha, le rebota en la izquierda y hace un gol», la escena vuelve, nítida.

[Redacted]

—*Bueno, salí.*

—*No. Ya hice un gol, vamos a ganar.*

Como prueba, Carlitos le mostró que podía correr, aún rengo. La única estrategia que funcionó fue decirle que si seguía jugando, iba a tener que pagar solo la cancha de fútbol cinco. «Y tuvo que salir», se jacta Alejandro. Eran inseparables. Se conocieron cuando Carlitos tenía ocho años. En su casa tenía muchas palomas, de colores. Alejandro se las mataba. «Aprovechábamos las tardes, que siempre el padre se iba a dormir la siesta y lo mandaba a dormir a él, y les arrancábamos la cabeza, el ala, el pecho a las palomas. Él se levantaba enojado, no podía entender qué era lo que pasaba. Un día se hizo el tonto, se quedó escondido arriba del techo», recuerda Alejandro. Cuando Carlitos vio que era él quien mataba a las palomas, lo corrió. Alejandro, ligero, se escabulló.

—*Ya te voy a agarrar un día a vos...* —le prometió Carlitos. Hasta que un día se cruzaron.

—*Vamos a hacer una cosa: vos no me matás más las palomas y yo no te voy a hacer nada* —propuso.

—*Bueno, dale* —respondió Alejandro.

«Y ahí empezó la amistad que tengo con él». Habla en presente.

Carlitos, Alejandro y más tarde Jonatan se pasaban los días en lo de los padres de Carlitos, una casa de material, con contrapiso, levantada de a poco. Calle Garzón, entre Génova y Sorrento, es la columna vertebral de una zona donde las casas de material se suceden con otras de chapas. Afuera hay estacionados autos añejos y motos baratas. Mucha gente prefiere caminar por la calle, antes que esquivar obstáculos en las veredas irregulares y estrechas. Desde allí se entra a los pasillos de tierra, donde se ven más chapas, y los ladrillos son un lujo, como el revoque y el piso.

En ese barrio vivía Carlitos. Trabajaba, amaba, se reía, andaba en moto, iba a la iglesia.

ante es  
 Domicilio  
 de Barrio "

# NO SÓLO ES: pusieron los cables, las canillas, abrieron calles.



Los Godoy se afincaron en calle Garzón, en pleno descampado, en 1991. C

Con seis hijos, y su historia a cuestas.

Vicente y Yoli llegaron a Rosario cuando eran chicos. Venían del norte de la provincia, de Las Toscas. A fines de los años ochenta, vivían con seis de sus ocho hijos —todavía no habían llegado los dos más pequeños— en el barrio Santa Rosa y Stella Maris, sobre el arroyo Ludueña. En aquella época era el confín de la ciudad, al final de la calle República. Durante la época de hambre que se recuerda por los saqueos de 1989, en el patio de su rancho de chapa se preparaba la copa de leche para decenas de niños y niñas.

Carlitos nació por esos días, el 9 de agosto de 1989. Ante el desembarco de la empresa que construyó el barrio privado Aldea, a las familias que vivían allí las reubicaron. Los Godoy se mudaron a Tucumán y Solís. Al poco tiempo, viajaron al norte a visitar a la familia y cuando volvieron se encontraron con que les habían usurpado el Fonavi. Fue un policía, cuentan ahora, casi treinta años después.

Con un bebé y otros siete hijos en escalera, no tenían dónde vivir. Se instalaron en Empalme Graneros, con una carpa, protegidos apenas por pedazos de nailon, durante un tiempo. «Nosotros Llegamos en el 91, en enero o febrero. Esto era todo campo», define Vicente. Sentado en la vereda, señala: «Del arbolito para acá no había nada, del arbolito para allá ya estaba poblado. Nos instalamos acá, con una carpa, y comenzó a venir gente».

No solo eso: pusieron los cables, las canillas, abrieron calles. «Vicente es el presidente del barrio», dice Yoli sobre el trabajo que les costó hacer habitable el lugar. Carlitos tenía dos años, era cariñoso y alegre, según lo recuerda Yoli. Y todo el mundo. «Él de chiquito

siempre fue inquieto, siempre le interesaba saber, conocer. Se hacía querer por todos, era pilas todo el día. «El sin conocerte venía y te abrazaba», cuenta Valeria, la cuarta de los hermanos Godoy.

Allí fue creciendo Carlitos. Las travesuras se castigaban en una casa con muchos hijos. Carlitos sacó uno de los fierros de la reja de la ventana para escaparse cuando sabía que Vicente o Yoli lo iban a buscar porque se había portado mal. Cuando lo veían afuera, las hermanas mayores lo asustaban diciéndole que andaba el lobizón. Él lloraba y volvía a entrar, pero volvía a salir si vislumbraba el temido cinto. Era diversión fácil para los más grandes.

No le gustaba para nada la escuela. Iba a la 456, de República y Gambeta. Una vez, se subió al techo para escapar de las clases. Fue otro revuelo. En quinto grado dejó de estudiar y enseguida empezó a trabajar. Al principio, lo que ganaba era para golosinas. Y para ayudar en casa.

La familia Godoy es evangélica. El pastor y la pastora les dicen en el barrio a Vicente y Yoli. «Como somos cristianos, estamos en las cosas de Dios», lo sintetiza Vicente. Antes, confiaba más en la política que en la religión, aunque siempre tuvo fe. La vocación le llegó

## La muerte de Carlitos fue un golpe inesperado. El barrio lo sintió, y le hizo saber su cariño.

cuando tuvo cáncer de glándulas paratiroides y lo internaron durante varios meses. Mientras tanto, Yoli trabajaba en casas de familia, cuidaba a sus hijos y se acercaba al viejo Hospital de Emergencias Clemente Álvarez a cuidar a su esposo. Cuando se repuso, decidieron consagrarse a Dios. Y hoy ese es el centro de su vida.

Como todos los Godoy, Carlitos iba a la iglesia. Ahí se recuerdan sus aplausos, que eran los más fuertes por las manos grandes. Carlitos estaba aprendiendo a tocar la guitarra. Como era zurdo, le costaba un poco más, pero Vicente también toca con la izquierda. La familia organiza los recitales de música cristiana, el grupo de baile, y juegan con los niños y las niñas mientras Vicente predica.

Que Carlitos pudiera ser asesinado no estaba en los planes de nadie. La muerte de Carlitos fue un golpe inesperado. El barrio lo sintió y le hizo saber su cariño. «Fue impresionante, entre todos me iban trayendo plata y entre todos pagaron el sepelio», recuerda Yoli sobre el día que ninguno hubiera querido vivir.



En la mañana del 24 de mayo de 2015, Carlitos cruzó el puente que separa Empalme Graneros de Parque Casas. Había pasado la noche en lo de la suegra, junto a Soledad y Benjamín. Se apuró para volver a su casa porque temía que en su ausencia la usurparan. Cuando bajaba la escalera, en Sorrento y Cavia, recibió dos disparos, de atrás y de lejos. Uno lo hirió en el brazo izquierdo; el otro entró cerca del omóplato, perforó el pulmón y lo mató.

Soledad se había quedado durmiendo. «Escuché dos o más disparos, la verdad que no sé bien, porque tampoco le di mucha importancia. Nunca me imaginé nada de esto», relató pocos días después en fiscalía. «Al mediodía vino una vecina y nos dijo: “Me parece que fue Carlitos” la víctima de los disparos que habíamos escuchado. Cuando fuimos a ver al lugar del hecho, ya se había ido la policía, habían levantado el lugar o no sé cómo dice, pero no había nadie ahí».

Las balas que mataron a Carlitos eran de armas reglamentarias de la policía. El primer fiscal que tuvo la causa, Miguel Moreno, de Homicidios Dolosos, ni siquiera secuestró las pistolas nueve milímetros para peritarlas. En abril de 2017, tras dos pedidos de la querrela, apartaron a Moreno y Karina Bartocci —de la oficina de Violencia Institucional— se hizo cargo de la causa. I

La nueva funcionaria demoró un año más en incorporar esa prueba fundamental.

«Se libró orden de secuestro de las armas, las secuestraron, y, afortunadamente, eran las mismas que poseían los agentes al momento del hecho, así que eso nos permite peritar las vainas secuestradas en el lugar del hecho y compararlas con las armas», señaló el abogado querrelante, Salvador Vera.

# Al mediodía vino una vecina y nos dijo “Me parece que fue Carlitos”

ING

WIG

NU9

WAI

Se dice que  
son "delincuentes".

Los agentes que dispararon, José Villalba —personal del Comando Radioeléctrico— y Daniel Sabater —policía vial—, siguieron como si nada con sus tareas policiales. Hasta mayo de 2018, no habían sido imputados por el asesinato. Aunque Bartocci activó las actuaciones, la posibilidad de que se pudiera llegar a juicio oral por homicidio era incierta, porque Moreno nunca impulsó la pericia que permitiría saber quién hizo el disparo fatal.

Los policías dijeron que iban en moto a cumplir horas extras en el Comando Radioeléctrico, cuando dos jóvenes quisieron robarles. Dieron la voz de alto y comenzó un enfrentamiento. Uno de los asaltantes pudo escaparse y el otro —según ellos, Carlitos— cayó.   
S  
a  
s  
.

Si siempre es difícil reconstruir lo que pasó, resulta imposible cuando lo investigan los primeros interesados en ocultarlo.

Al lado de Carlitos había un revólver. Los agentes policiales que actuaron tras la muerte no se ponen de acuerdo: estaba a un metro, dos, seis y hasta ocho metros del cuerpo. Plantar armas es una costumbre policial. En el acta 1595/15 de Rastros, firmada por Francisco Corrales en el lugar del hecho, el relevamiento sobre un «revólver marca Rossi calibre 22 largo plateado» está escrito por encima de líneas transversales hechas con birome. La copia fiel del acta original no lo menciona.

El arma estaba del lado derecho del cuerpo. Carlitos era zurdo. El dermatost, la prueba sobre la presencia de pólvora en las manos de la víctima, dio negativo. Hay una prueba más contundente. «En el relevamiento de huellas dactilares en el arma que la

## Fueron los propios compañeros de quienes mataron a Carlitos los encargados de registrar —o montar— la escena.

policía le intenta atribuir a Godoy, no hay huellas de Godoy. Y en este caso presenta una particularidad mayor, porque las manos de Godoy presentaban hollín, un tizne de haber tomado contacto de alguna manera con un tronco quemado, que nosotros creemos que también fue parte del montaje de la escena. Eso con más razón hubiera aportado a que la huella de Godoy permanezca en el arma. Sería una huella con hollín, mucho más visible, mucho más fácil de relevar», señala Vera.

Después de la muerte, los dos agentes llamaron al Comando Radioeléctrico para pedir asistencia y enseguida llegó el móvil policial 5422. Fueron los propios compañeros de quienes mataron a Carlitos los encargados de registrar—o montar— la escena. Los primeros policías en llegar —Dante Pared y David Maidana— podrían afrontar un juicio por encubrimiento.

En el expediente plagado de montajes, se dice que los «delincuentes» habían cruzado un tronco sobre Sorrento para parar a los autos, y robarles. Miguel Ángel Vega pasaba manejando por allí bien temprano, antes de las ocho. Vio una escena sospechosa y llamó al 911. El tronco estaba al costado de la calle. Más tarde, el hombre, que trabajaba de remisero, volvió a pasar. La policía decía haber preservado la escena, pero el tronco estaba movido. Vega era un testigo privilegiado y se ofreció a declarar, pero los efectivos no lo escucharon, le dijeron que se fuera.

La Sección Reconstrucciones Integrales de la Policía provincial, en el informe 0911/15 del 9 de diciembre de 2015, sostiene una hipótesis delirante. «La única posibilidad de que pudiera darse esta situación, suponiendo que los disparos que hirieron a la víctima provenían de las armas de los policías, es que los proyectiles hayan sufrido un rebote previo que desvió su trayectoria descendente y los direccionó hacia

# Porque el «algo habrán hecho» se mantiene vivo en las instituciones.

algo habrán  
~~hecho~~  
hecho

arriba impactando en el cuerpo de la víctima», dice el informe firmado por Andrea Benincasa. Es imposible que una bala choque contra el cemento de la escalera y mantenga la fuerza suficiente para perforar el pulmón de un hombre parado.

No fue posible hacer otra reconstrucción. La fiscalía se la pidió en febrero de 2016 a Gendarmería. El 5 de agosto de ese año, el inspector Andrés Nicolás Bruzzese, de la Unidad Criminalística de Alta Complejidad de la Policía Federal, respondió que no podían hacerla porque faltaban por lo menos siete pericias necesarias. Moreno insistió y el 4 de octubre de ese mismo año, Bruzzese volvió a dejarlo claro: «Se enumeran nuevamente las diligencias faltantes o inconclusas».

Para las familias de quienes sufrieron violencia institucional, el deber del Estado de orientar y proteger a las víctimas, como dice la Ley Orgánica del Ministerio Público Fiscal, [REDACTED]

es una ficción.

Son sospechosos y así se lo hacen saber, porque el «algo habrán hecho» se mantiene vivo en las instituciones. En una entrevista que Moreno le concedió, parado, en una oficina del Ministerio Público de la Acusación, entre computadoras y gente de paso, el fiscal le gritó «mentiroso» a Vicente.

Vicente pierde su calma habitual cuando habla de Moreno. «Qué va a ser verdad (la versión de los milicos) si nosotros sabemos qué hijo teníamos. Jamás en su vida él agarró un arma porque la vocación de él era trabajar, trabajar», sigue Vicente. Para ejemplificar que su hijo no estaba en la delincuencia, Vicente repite que «ni siquiera tenía un tatuaje», que «no sabía lo que era una joda» y que «no había ido nunca a la cancha». Como si esas actividades, tan propias de veinteañeros, hubieran sido suficientes para justificar una muerte.



"delincuentes"

Sentado en ese sentido común, Moreno investigó a la víctima. Mandó a la División de Asuntos Internos al barrio a preguntar por las actividades de Carlitos el 29 de abril de 2016. Antes, el 10 de marzo de 2016, pidió la intervención del teléfono de Soledad, la pareja. «No solo investiga a la víctima mortal, sino que investiga a los familiares. Y en este caso lo materializó mandando a Asuntos Internos a hacer una investigación. No investigó sobre otras cuestiones, más que sobre la víctima mortal. Y, además, le intervino el teléfono a la mujer. Eso es gravísimo», puntualiza el abogado de la familia, que trabaja distintas causas de violencia institucional y por eso observa los patrones de conducta que se repiten. «Eso forma parte de algo que ha caracterizado cómo encaran los fiscales estas causas que tienen vinculación con la defensa de los derechos humanos. En general, creen o adoptan la versión presentada por los agentes policiales. Un fiscal es casi inmovible de las circunstancias presentadas por el acta de procedimiento policial», sostiene. La falta de una investigación objetiva transgrede lo dispuesto en el procedimiento penal. La distorsión empieza porque no existe una policía judicial, y por eso las actuaciones las hacen los compañeros de trabajo de quienes participaron en los hechos. Así, Vera cree que hay una responsabilidad política que va más allá de estos actores.

En la familia Godoy, hubo antes dos víctimas de violencia institucional. Franco Casco —hijo de Elsa Godoy— era el primo de Carlitos. Fue secuestrado en la Comisaría 7a el 6 de octubre de 2014. Estuvo desaparecido y la presión social logró que encontraran su cadáver, tres semanas después, flotando en el río

Se dice que son ~~delincuentes~~ "delincuentes".

Paraná. Por su desaparición forzada seguida de muerte y encubrimiento, diecinueve policías fueron procesados y llevados a juicio oral. A uno de los nietos de Vicente y Yoli, Mauricio Gómez, lo mataron el 14 de septiembre de 2014. Su hermana Micaela lamenta: «Pero él no está con Dios, porque no se arrepintió». Vicente y Yoli tienen una certeza: su hijo no estaba robando ni se enfrentó con la policía, y quieren que así quede demostrado, que lo sepa todo el mundo. «Y lo que me indigna y me hace sentir mal es que la policía dice: "Es un delincuente más, es una rata más", y eso es el dolor que llevamos en nuestro corazón, porque este chico, Carlos, Carlitos, él no era de esas clases, él no se crió en ese ambiente... Está bien que el lugar, la zona donde estamos viviendo, canta otra cosa, pero de todo se puede rescatar algo de bueno, del barrio... Se puede», dice Vicente.

«El barrio canta otra cosa» es una forma de decir que cualquier joven que viva en esa parte de Empalme Graneros es sospechoso, que ser víctima de gatillo fácil es uno de los destinos posibles.

El 3 de junio de 2015, pocas horas antes de que la primera movilización de Ni Una Menos conmoviera al país — y al mundo —, la familia y los amigos de Carlitos Godoy fueron al puente de Sorrento y Cavia. Llevaban gomas y otros objetos combustibles para quemar en el piquete y afiches con leyendas escritas a mano. Pedían justicia. Carlos sonreía desde las fotos.

[Redacted text]

Los manifestantes subieron por la angosta escalera de cemento, la misma donde dos balas alcanzaron por detrás a Carlitos.

# Un crimen que el Estado cometió y está obligado a castigar.

En ese momento, la tolerancia social hacia los femicidios había llegado a un límite. Mientras tanto, la violencia institucional seguía —sigue— gozando del amparo de la indiferencia de quienes creen que no les va a tocar porque no «andan en nada», porque no tienen antecedentes penales, porque son «buenas personas». La familia tiene necesidad de limpiar el nombre de Carlitos. I

Para defender el estado de derecho,  
no debería ser necesario.

Carlitos no tenía antecedentes policiales. Tras proclamar la inocencia de su hijo, Vicente hace una pregunta nodal: «Yo quiero saber, que me muestren las leyes. Muéstrenme adónde dice que tienen que matarlo por la espalda». Se desespera. En esa pregunta del padre, queda al descubierto un abanico de responsabilidades y complicidades con un crimen que el Estado cometió y está obligado a castigar.



Rosario =



Se ~~re~~  
re  
un

---

**Escribirte en la Historia** es una iniciativa del Centro de Estudios del Museo de la Memoria de Rosario que busca indagar y difundir las consecuencias que produce en las comunidades locales la violencia de Estado en su manifestación más letal. Para lograr este objetivo, el proyecto se compone de tres instancias: la creación de los archivos biográficos de víctimas de la violencia estatal en democracia, la organización y conservación de esa documentación y su posterior transformación en crónicas por parte de periodistas.

dice que  
en ~~el~~  
"delincuentes"

RESOURCES  
enrich  
historia